

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 10 DE DICIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Los dos caminos

LUEGO que hubo recorrido el mundo, en lo cual gastó la mayor parte de su fortuna, Walter Freeman llegó a la India, donde el virrey le dió un empleo. Asegurábase así la existencia modesta con que decidiera quince años antes rematar sus aventuras, cuando el dinero se le acabara y no pudiese ya viajar. Walter Freeman había realizado, pues, su programa.

Casi es innecesario agregar que, por lo mismo, no estaba contento. El mundo, a decir verdad, resultábale mucho más pequeño y también mucho más monótono de lo que supusiera al partir. Pero Walter Freeman era fuerte, y, con esto, incapaz de lamentar el pasado por inútil o por mejor. Entonces resolvió entregarse—panorama por panorama—al estudio de los hombres.

Tampoco esto último le interesó mucho tiempo.

La perspectiva mental en que hubo de colocarse para observar a los hombres prodújole el efecto ya por él materialmente notado desde los rasca-cielos de Nueva York: y fué que le resultaron iguales y achatados por la igualdad como los clavos en la suela de una bota. El hombre era un animal legislativo y gregario, generalmente gris por fuera y un poco más sombrío, pero no más interesante por dentro. Todos, a decir verdad, creían, sentían, procedían lo mismo. La proximidad de aquella multitud uniforme agravaba el aislamiento del observador, como el aumento de la arena profundiza la soledad del desierto.

Hasta que un día, en su rebusca de hombres, Freeman se acordó de aquellos célebres solitarios cuya vida consiste en la meditación, para lo cual, instalados sobre una peña, pasan los años mirándose el ombligo. Sabía esto por los viajeros que lo cuentan en sus libros; mas, conociendo a precio de buena fe la exageración de semejante literatura, suponíalo caso raro, inhallable quizá. Y así era, en efecto. Del arte de mirarse el ombligo en la soledad todos estaban enterados; pero costó mucho a Freeman dar con el

solitario que lo practicara. Sin embargo, esto ocurrió al fin; y un día, después de muchos bien andados a lomo de caballo y de elefante, tierra adentro en el país, cerca ya de la frontera tibetana, el hombre de Europa, curioso, activo, preciso, observador, correcto—«homo diligens», para decirlo con científica nomenclatura—encontró al «homo negligens» de Asia, tal cual lo esperaba, en su peña, con un lienzo a la cintura, sin edad bajo el lustre férreo que el sol le había dado y poniendo sobre él dos ojos tan afables como serenos.

Entonces Freeman empezó a preguntar en la lengua palí que ya dominaba, y el otro a responder con sencillez. Así supo que llevaba treinta años de aquella disciplina, al raso en la peña día y noche, que era del mismo lugar, que nunca lo había abando-

nado, que apenas necesitaba alimento, que casi no dormía ya y que jamás se había aburrido.

Picó esto último singularmente la curiosidad de Freeman, que tanto había andado sin cansarse ni satisfacerse. Entonces añadió el solitario:

—La serenidad es un estado supremo de belleza, y la quietud que sucede a las andanzas es un comienzo de serenidad. Pero nadie deja de andar sobre la tierra, ni puede hacerlo, porque vivir es irse. La existencia del hombre es una constante despedida. Por esto también la conciencia tiene su fundamento en la noción del pasado.

Pero, hay dos modos de andar y dos caminos que seguir. Usted ha andado hacia afuera, prefiriendo la materialidad de la función; ha recorrido el mundo y no está satisfecho. La enfermedad de la civilización occidental consiste en que sólo le interesa lo presente. Así, desde su ciencia expe-

(Pasa a la página siguiente).

AL MARGEN DE LA VIDA PUBLICA

El dinero y la política

TENGO a la vista un dibujo de Grosz, el implacable caricaturista alemán. Pisando sacos de oro, revueltos con humanas osamentas, se yergue, sobre un fondo humeante de chimeneas y de fábricas, la maciza figura de Hugo Stinnes, con su barba recia, sus labios gruesos y su cerviz carnosa, y el talonario de cheques en el bolsillo. El omnipotente magnate de la industria tiene entre sus velludas manos un muñeco que mueve a su antojo tirando de los opuestos cordelitos. En el panzudo monigote el dibujante ha representado al jefe del Gobierno de su nación.

La violenta sátira de Grosz pretende fijar plásticamente una de las más funestas realidades del mundo contemporáneo. Prescindiendo ahora del caso de Alemania, puede afirmarse que, en general, la política está mane-

jada por el dinero. Los hombres de gobierno son muchas veces simples personas interpuestas por los hombres de negocios. Se agitan y peroran los estadistas como dueños del Poder; pero son los magnates de la plutocracia y las grandes Empresas quienes tienen secretamente los hilos que mueven a sus brillantes fantoches. «Eran los señores de sus conciudadanos y los Esclavos de sus libertos», decía Plinio de los primeros emperadores de Roma. Con frecuencia, en los modernos estados, las poderosas compañías mediatizan a los gobernantes honrándoles como señores y utilizándoles como esclavos. En el Olimpo de la política aparecen los dioses mayores, ceñidos de la esplendente aureola de la autoridad. Hay mucho de ficción. El rayo lo forja en sus cavernas subterráneas el oscuro Plutón, dueño de los tesoros